

# Lingüística General

---





# Los estudios sobre el sánscrito en Venezuela

**Francisco Javier Pérez**

*Universidad Católica Andrés Bello*

*E-mail: frperez@ucab.edu.ve*

A Fernando Arellano, S.I.

## Resumen

La dilatada tradición de los estudios sánscritos en la historia de la lingüística venezolana y su significado como conexión con una de las direcciones de la lingüística universal, en el marco de la reflexión orientalista, es el motivo de esta reconstrucción de la historia de estos estudios en la lingüística venezolana. Recorrido signado por la fragmentariedad y la discontinuidad de las producciones, puede, sin embargo, ofrecer algunas bases para la comprensión de las soluciones de la ciencia del lenguaje en Venezuela, especialmente durante el siglo XIX.

**Palabras clave:** Sánscrito, Lingüística venezolana, Historia de la lingüística.

## Studies about sanscrit in Venezuela

### Abstract

The reason for this paper is the long tradition of Sanscrit studies in Venezuela and its link with one of the directions of general linguistics in the framework of the orientalist reflection. The reconstruction of the history of these studies has been marked by the discontinuity of its products; however, it can offer the bases for an understanding of the solutions offered by the science of language in Venezuela, particularly during the XIX century.

**Key words:** Sanscrit, Venezuelan linguistics, History of linguistics.

## Inauguraciones

Muy temprano la lingüística venezolana se dejó arrastrar por la fascinación de la lengua sánscrita y se sumó a su estudio. Las primeras referencias tienen fecha en los primeros años del siglo XIX. Éstas estaban afiliándose a una tradición más extendida y sólida por las lenguas orientales durante los siglos coloniales. Tendría, aquí, que mencionarse cómo nuestra reflexión lingüística se hizo eco de la creencia en el hebreo como lengua matriz de las lenguas del mundo y cómo, entonces, la explicación bíblica sobre el origen y diversidad de las lenguas pasaba a hacerse sólida y a divulgarse en muchos trabajos notables. A este respecto, muy elocuentes por la difusión de los textos y por la significación de los autores, las referencias a los episodios sobre la confusión de las lenguas en la Torre de Babel (*Génesis*, XI, 1-9), y al monogenesisismo hebraico que respaldan, en obras que buscan explicar, por otra parte, las lenguas y culturas indígenas del país un siglo atrás.

En *El Orinoco ilustrado y defendido* (1741), de José Gumilla (1686-1750); y en el *Ensayo de historia americana* (1780-1784), de Felipe Salvador Gilij (1721-1789), dos singulares filólogos misioneros de la Compañía de Jesús, la presencia de la explicación hebraísta sobre el origen del lenguaje y sobre su diversidad, se asume como indispensable. Gumilla abrirá la brecha al postular que los hebreos deben considerarse los primeros pobladores de América: “Pero contra este mi parecer tengo que oír a mi propia experiencia en el largo trato a muchos y muy prácticos misioneros jesuitas de Ambas Américas. Todos realmente convenimos en que los indios judaizan [...], de donde nace el inclinarnos a que los pobladores de las Américas fueron hebreos” (Gumilla, 1963: 301). Fatigando esta idea, casi medio siglo después, el acertado Gilij se permite adscribirse a la corriente hebraísta: “Mas por decir ahora lo que me he propuesto, esto es, el origen de las lenguas del Orinoco, no sabría hallar otro para ellas que el divino, el cual muchos les han dado, no menos católicos que heterodoxos. Y realmente, si no se quiere cavilar, o como si dijéramos, delirar, distorsionando a capricho los sentidos más claros de los divinos libros, nos damos cuenta enseguida de que el hablar del hombre, que ha sido para todos el mismo antes del diluvio, se hizo vario y múltiple al edificarse la famosa torre de Babilonia” (Gilij, 1965: 126). Sin embargo, conciente de las dificultades para el esclarecimiento de la problemática de los orígenes lingüísticos, Gilij esbo-

zará, en intento, una significativa corrección del rumbo. Cuestiona que se busque fuera de América la explicación para el origen de las lenguas americanas: “La primera es que muchas lenguas que ahora se hablan en las dos Américas son primitivas y no deben buscarse fuera de tales lugares. Los que en Babilonia las obtuvieron los primeros, saliendo enseguida o después de pocos años desde nuestro hemisferio hacia aquel amplísimo continente, pudieron llevarlas consigo de manera que no habiendo quedado aquí ninguno de los que las hablaban, nada ha quedado de su lengua” (Gilij, 1965: 127). Esta materia no quedará resuelta con facilidad en nuestra reflexión lingüística. Casi hasta el comienzo del siglo XX es posible tropezarse con autores aún seducidos por la explicación bíblica.

## **Descubrimientos**

Sobre este marco de interés, la vocación por el sánscrito irá creciendo, ya entrado el siglo XIX, hasta su instalación genuina en un sector de la actividad lingüística venezolana. El proceso que sigue esta vocación, en otro sentido, también motivará una reacción, hacia el final de la centuria, al verse implicada, y generalmente confundida, en autores que pretendían entrelazar ambas tradiciones para imprimirle a la descripción indigenista las garantías de una etimología sancionada por una estirpe milenaria. Veremos cómo este proceso arrojó enorme oscuridad.

Otro fue, sin embargo, el camino que desde el comienzo del siglo XIX comenzó a recorrer la vocación sanscritista en estudiosos de primer rango. Las primeras menciones vinculan a José Luis Ramos (1785-1849) en su pasión poliglótica. Uno de sus biógrafos del siglo XIX, F. Núñez de Aguiar, lo retrata como erudito lingüista y diestro conocedor de lenguas antiguas y modernas. En las primeras la lengua sánscrita y otras de la India ocupan sitio especial: “Poseía numerosos idiomas: el sánscrito, el griego, el hebreo y el latín entre los sabios; y por lo que toca á los vivos, además el español, el alemán, el inglés, el holandés, el francés, el italiano, el portugués y algunos dialectos de la India” (Núñez de Aguiar 1975: 594). Estaba significando el descubrimiento del sánscrito en el código de la lingüística venezolana.

Ninguna referencia destaca que Ramos escribiera o elaborara obra alguna de espíritu gramatical sobre el sánscrito. De haberlo hecho, probablemente, hubiera corrido idéntica suerte que

la de sus trabajos sobre el hebreo, griego y latín, desafortunadamente, no encontrados después de la muerte del humanista<sup>1</sup>.

Sin embargo, se le debe a Ramos el impulso fundador sobre estas materias y la generación de una estirpe de estudios que tenemos, a falta de otros restos, que reconstruir por retazos y entender en una fragmentariedad cercana a la de las ruinas en los campos arqueológicos de las grandes civilizaciones antiguas. Tendría, sin embargo, este espíritu vocacional por la lengua y cultura de la India seguidores de talla muy alta durante el siglo XIX. Nombres como los de Andrés Bello y Rafael María Baralt, entre otros, contribuirán a enriquecerla y a proporcionarle una jerarquía que nos toma de sorpresa para materias tan distantes a las que la costumbre afilia sus aportes.

## Primeros desarrollos

En efecto, Andrés Bello dedica el primer capítulo de su *Compendio de la historia de la literatura universal* (1850) a la "Literatura de la India" y al resto de las literaturas orientales (egipcia, babilónica, caldea, asiria, fenicia, persa, árabe, hebraica y china). Sin ser la lengua pretensión central de su recuento histórico, refuerza con observaciones lingüísticas las explicaciones literarias en una permanente entremezcla. Sobre la lengua sánscrita aporta acotaciones muy pertinentes en las que se hace partícipe de los logros que, ya para ese momento, había popularizado la filología comparada. Cinco vendrían a constituir los tópicos focalizados por Bello:

**Primero:** El sánscrito como lengua original de los idiomas europeos<sup>2</sup>:

"El Indostaní fue probablemente la cuna de la civilización antigua. Su primitiva lengua fue el *sánscrito*, que se apropiaron después los brahmanes; lengua que, según el juicio de los más sabios orientalistas, no tiene igual en su composición, en su vasta y fecunda flexibilidad. La mayor parte de los idiomas europeos se refieren a ella, como a su tipo original" (Bello, 1981: IX, 5-6).

**Segundo:** El sánscrito y su similitud comparativa con el zendio y el germánico<sup>3</sup>:

"Las lenguas de más uso, en las provincias persianas que formaban el antiguo imperio de los medos, era el

*zend* en el norte, y el *pehlvi* en el sur. El *zend*, lengua sagrada, enteramente muerta, tiene mucha afinidad con el sánscrito y el alemán” (Bello, 1981: IX, 12).

**Tercero:** El sánscrito como lengua de los libros antiguos:

“Los libros más antiguos, en lengua sánscrita, son los *Vedas*, colecciones de preces, himnos y mandamientos; los *Puranas*, laberinto inmenso de leyendas teológicas y cosmogónicas; y el código de *Manú*, tratado completo de moral, que contiene la doctrina poética de la divinidad, la creación y los espíritus” (Bello, 1981: IX, 9).

**Cuarto:** La actividad lingüística en la India antigua:

“Los indios tienen gran número de obras filológicas. La gramática sánscrita de Vopadeva es la de más autoridad. Ellos cuentan hasta dieciocho diccionarios” (Bello, 1981: IX, 11).

**Quinto:** Las fuentes modernas para el estudio del sánscrito y del orientalismo lingüístico (William Jones, Friedrich Schlegel, August Wilhelm Schlegel, Herder, fundamentalmente)<sup>4</sup>:

“En el drama indostánico los pormenores frívolos de la vida se entretajan con los grandes acontecimientos; hay extremada complicación en la fábula, y multitud de personajes; un diálogo sumamente variado, que pasa por todos los tonos, desde el himno y la sentencia moral hasta la charla grosera de las calles y los burdeles. Se asemeja más al drama español que a ningún otro, en la rapidez y abundancia de los incidentes y en la facilidad poética (A.W. Schlegel)” (Bello, 1981: IX, 10).

“La audacia emprendedora, el tumulto de los sentidos, dan un tinte poético especial a los *Mohallakhats*, traducidos por sir W. Jones: ecos admirables de los cantares primitivos de la Arabia” (Bello, 1981: IX, 18).

Una cita de Herder parece coronar la reflexión bellista sobre la lengua y literatura del antiguo oriente y su pensamiento sobre estas materias. Suscribe una idea tan propiciadora de la ciencia alemana del lenguaje del XIX como aquélla de que es la lengua la que comporta la estética y la expresión poética de la naturaleza, el tiempo, los modos de pensamiento, la cultura y la vida toda de los hombres. Cuestiona toda aproximación cultural hija de anacro-

nismos que debilitan la apreciación estética y crean el absurdo histórico. La cita encubre a Bello detrás de Herder. Reproducirla, en su extensión, es una necesidad:

Casi inútil sería notar, si una falsa crítica, harto común en nuestros días, no lo hiciese necesario, que ni las imágenes poéticas, ni las sensaciones de un pueblo o de una época cualquiera, pueden medirse por las sensaciones o por las imágenes de otro pueblo o de otra época, cuando se trata de juzgar, de aceptar o rechazar. Si el Criador hubiese querido que todos hubiésemos nacido a un tiempo, en un mismo lugar, con órganos y afectos enteramente semejantes, y si nos hallásemos en circunstancias de todo punto iguales, nada habría que decir contra la decantada unidad del gusto. Pero como nada es más flexible ni más variable que el corazón humano, nada más sutil ni más complicado que el hilo de sus sensaciones y de sus afectos; como para la perfección de la naturaleza humana es preciso que ella se organice y se transforme en cada clima, en cada tiempo, y según los varios modos de vivir; como este soplo ligero, que se llama lengua, lleva en sus delicadas alas todo el fondo de las ideas y de las imágenes poéticas, y según los pueblos y las épocas, es un verdadero Proteo; me parece testaruda arrogancia pretender que una nación, aun de las más antiguas, pensase, hablase, sintiese y escribiese a medida de nuestro gusto. El género humano, atravesando los siglos y las revoluciones, sigue las mismas vicisitudes que la vida del individuo; y siendo así que el niño no habla, no siente, no ve de la misma manera que el adulto, ¿cómo pudiera exigirse a una nación que pertenece a la infancia del mundo, nuestra experiencia, nuestra ejercida imaginación, el refinamiento y la desdeñosa delicadeza de nuestro corazón gastado? Un pueblo primitivo se detiene largo tiempo en las imágenes simples, las contempla, las agranda, las agiganta: así ven, hablan y sienten los niños. Miran y remiran los objetos, para aprenderlos a ver; todo se les presenta con el brillo de la novedad; la repetición no ha tenido tiempo de debilitar sus impresiones; y cuando quieren enunciar lo que sienten, su expresión es animada, porque su lenguaje no ha recibido aún aquella multitud de palabras vacías y de imágenes triviales que haciendo más móvil y fecunda la lengua, la enervan: hablan a menudo, como hablaban los orientales, como hablan los hombres en el estado de naturaleza, los salva-

jes, hasta que familiarizados con los objetos naturales y con los productos del arte, llegan a hablar como hombres experimentados (Cita en Bello, 1981: IX, 31-32).

El orientalismo en Baralt es también una problematización de las fuentes. De hecho, para la elaboración de su *Diccionario matriz de la lengua castellana* (1850), inmenso proyecto lexicográfico que queda inconcluso y del que sólo disponemos del elocuente "Prospecto", Baralt había encargado las consideraciones etimológicas correspondientes al árabe al orientalista español Enrique Alix (Viñaza, 1893: I, 832)<sup>5</sup>.

Entendiendo el comparatismo lingüístico, Baralt será de los primeros en Venezuela, posiblemente después de Bello, en construir un cuerpo de referencias sobre los estudios sanscritistas y comparatistas de su tiempo. Familiares, a este respecto, las citas a las fuentes centrales de la materia sánscrita: Bopp, Eichhoff, Humboldt, Wiseman, Nodier, entre otras, le permiten potenciar planteamientos sobre los orígenes de la lengua castellana y afiliar la reflexión a la problemática comparativa y, adelantado en esto a otros autores, a la problemática del acercamiento histórico a las lenguas, derivación metodológica del comparatismo que, en definitiva, termina por ser aceptada en la ciencia lingüística del XIX.

Sumándose al saber de su tiempo, reafirma las fuentes, para establecer una posición de síntesis del asunto comparativo, en donde el sánscrito ocupa lugar de primera significación para el discernimiento de los grupos matrices de las lenguas indo-europeas frente a otros grupos matrices: "El griego, el persa, el latín y sus derivados, las lenguas germánicas y sus dialectos, el celta, y según algunos el vascuence, afín de este último, pertenecen a la familia llamada indo-europea, cuyo tronco, hasta ahora, parece ser el sánscrito. El fenicio, el cartaginés el hebreo y el árabe, corresponden a la familia de las lenguas semíticas" (Baralt, 1963: III, 742).

En Baralt, la invocación sanscritista se traduce en una pasión más fuerte por las culturas y lenguas orientales de las que da muestra, no sólo en las páginas de sus obras lexicográficas, sino en algunos de los escasos manuscritos que se han encontrado inéditos. En el más notable de los encontrados hasta el presente<sup>6</sup>, manuscrito de sesenta y tres folios, Baralt ha anotado un grupo de raíces hebreas tomadas del libro del Génesis de acuerdo a su filiación etimológica. En el reverso de las páginas del manuscrito, además, ha anotado palabras árabes.

Guiado por el entusiasmo, comete algunas imprecisiones en la aplicación de los principios comparativos y en las conclusiones que arrojaba. Estaba convencido de que entre el sánscrito, el griego y el latín había una correspondencia de filiaciones en secuencia sucesoral de madres a hijas, a hijas convertidas en madres con nuevas hijas, etc. No fue capaz de entender que entre las tres el predicamento era una relación de paridad y de hermandad. Cuando observa el hebreo y el árabe, en proyección histórica, incurre en idéntica equivocación (Ayala, 1963a: 27). Así, la pasión orientalista de Baralt imprimirá a la generalidad de idénticos movimientos de estudio en la Venezuela del XIX una matriz en donde la ciencia del lenguaje es escrutada desde la imaginación que los entusiasmos ofrecen. En otro orden, quedaba instalada la reflexión orientalista.

Participe de esta reflexión, nuevamente asociada al semitismo, Juan Vicente González principia con un aporte muy sustantivo, aunque crítico, a la difusión de algunos textos. Desde las páginas de la *Revista literaria*, aquella que ocupa su atención durante 1865, González abordará el estudio de la obra de Ernest Renan, fijándose, expresamente, en: *Ensayos de moral y de crítica*, *Estudios de historia religiosa*, *Cántico de los cánticos*, *El libro de Job*, *Origen del lenguaje*, *Historia general de las lenguas semíticas*, *Averroes* y, por último, en la célebre *Vida de Jesús*, del orientalista francés. Destaca su aprendizaje orientalista, aprendiendo hebreo con Lehir, y dedicado a estudios filológicos de los que nacerían sus posteriores textos sobre religiones. En todo momento, está presente una dedicación al estudio de las lenguas antiguas que, González, no deja de destacar como parte interesada en la materia: “Para no aprisionarse, Renan se volvió hacia las Academias, perseverando en su primera dirección filológica, i aprovechándose, en cuanto a lo positivo de las lenguas, de M. Quatremère, e inspirándose al mismo tiempo de Mr. Eugenio Burnouf, talento superior, por el método i el tacto científico. Renan concurre por sabias memorias a los premios propuestos por el Instituto. De aquí lo que hace al fondo de la *Historia general de las lenguas semíticas*, que obtuvo el premio Volney (1847). De aquí otra Memoria, coronada el año siguiente, sobre el estudio del griego durante la edad media en Occidente. Designado en 1850 por la Academia de las inscripciones, para una misión erudita á Italia, preparó allí su libro de *Averroes* i del *Averroísmo* (1852), que fue tesis de su doctorado. Después de haber dado a una revista, “la Libertad de pensar”, un artículo sobre el *origen del lenguaje*

(1848), señaló su entrada a la *Revista de ambos Mundos* (1851), i casi al mismo tiempo al *Jornal de Debates* (1852), por una serie de ensayos o artículos que llamaron vivamente la atención de los hombres pensadores” (González, 1956: 150-151).

## Rutas

Aprovechando los cimientos de las anteriores presencias orientalistas en nuestra lingüística, veremos, con variable aparición, un proceso creciente de vocación sanscritista por parte de algunos autores desde aquí hasta el final del siglo. La ciencia etimológica será aquí asistente de primera fila. Se intentará, en numerosas oportunidades, ofrecer lustre ancestral a la lengua española general o a la lengua española de Venezuela, y, muy especialmente, a las lenguas indígenas del país al asignárseles origen sánscrito, árabe, hebreo o polinésico, en fehaciente muestra de alejamiento de la ciencia del lenguaje, cuidadosa y sistemática en materias tan movedizas, pero, en otro sentido, de fascinación inevitable por las culturas no occidentales.

Guillermo Tell Villegas (1823-1907) destacará que su método, al elaborar su *Gramática castellana* (1884), consistía en “hacer conocer á la juventud el origen etimológico de las palabras, y su orden gradual hasta el sánscrito, de las de procedencia latina ó griega, creando en el niño el espíritu de investigación literaria” (Villegas, 1974: 58). Asimismo, los bibliógrafos de la época mencionan la obra sanscritista de Juan M. Escalona: *Elementos de gramática de la lengua indostana*, que se presume perdida (Frydensberg, 1974: 304).

Espasmos de una tradición que no termina de sentirse genuina, la presencia de la referencia sánscrita y sanscritista se seguirá imponiendo en muchos estudios dedicados a materias orientales y en donde el debate sánscrito/hebreo continuaba activándose como explicación de los orígenes lingüísticos y culturales. Especialista en temas bíblicos, Felipe Larrazábal (1816-1873), además de traer una concepción sobre el espíritu de las lenguas antiguas<sup>7</sup>, nos permite documentar una parada más de la ruta sanscritista en Venezuela. Conocedor de varios idiomas, versado en los clásicos, Larrazábal, como siguiendo similar referencia en Bello sobre William Jones, nos ha dejado una alusión sobre el padre del sanscritismo, en su estudio “De la Biblia considerada bajo un punto de vista literario” (1875): “Sir William Jones, presidente de la famosa sociedad asiática de Calcuta, uno de

los hombres más sabios de nuestra época, decía, en plena Asamblea: ‘Yo he leído con mucha atención las santas escrituras, y pienso que la Biblia, independientemente de su origen celestial, contiene más elocuencia, más verdad histórica, más moral, más riquezas poéticas, en una palabra, más bellezas de todo género que las que pudieran recojerse en todos los libros juntos, cualesquiera que sean la lengua y el siglo en que se hubiesen compuesto” (Larrazábal, 1975: 721-722).

Progresivamente, la reflexión sanscritista se iba a ver ligada con el estudio de las lenguas indígenas. Una enorme necesidad de demostrar los orígenes americanos motiva en muchos autores las conexiones entre las lenguas nativas del país con las de las más remotas culturas asiáticas y orientales. En cierta medida, se respiraba ya en el ambiente un aroma que provenía de estas regiones como apertura de posibilidades de acercarse a la certeza de procesos migratorios muy remotos que explicarían similitudes culturales, cercanías míticas y parentescos lingüísticos. Se hizo, entonces, cada vez más frecuente entre los estudiosos venezolanos de lenguas indígenas, la referencia sánscrita.

En esta nueva ruta sanscritista y su filiación insospechada con el indigenismo, los *Estudios indígenas. Contribución a la historia antigua de Venezuela* (1878), de Arístides Rojas (1826-1894), ofrecen una primera ilustración. Encontramos las citas sanscritistas en muchos de sus textos como apoyaturas etimológicas, algunas, y, otras, como ingredientes para la reflexión indigenista que se impone entender el pasado de nuestras lenguas en su conexión con las grandes culturas antiguas. Un vuelo comparativo y un tono de fuente romántica de espiritualidad germánica implica la referencia al sánscrito como lengua y al sánscrito como estudio lingüístico. Obras, autores y materia lingüística vienen a reunirse para sustentar nuestras, podría decirse, primeras propuestas modernas para entender el complejo entramado de las lenguas indígenas del continente y del país.

Fuertemente cargado de referencia sánscrita resulta el estudio: “La bella frase en las lenguas americanas”. Se empieza a ver en él la solidez de planteamientos sobre el origen *asiático-europeo*, variante denominatoria de la más extendida *indo-europeo*, de las razas americanas. De nuevo, un intento por ofrecerle a las culturas americanas una explicación heroico-mítica de su pasado, en consonancia con el de las grandes culturas del mundo: “[...] heraldos de una civilización antigua, cuyo origen se pierde en

la noche de los tiempos, probando con sus anales, tradiciones, monumentos, artes y ciencias, que no era América un pueblo inculto sino el representante de la civilización asiático-europea, desde que en muy remotos días, pueblos del antiguo hemisferio conquistaron la tierra americana e importaron en ella el arte etrusco, la astronomía egipcia, el papiro, los quipos, la escritura simbólica, la arquitectura de Babilonia y de Menfis que debía ostentarse en las ruinas de Copán, en Mitla y de Palenque, en las pirámides de Cholula, en los canales de Méjico, en los templos de los Incas” (Rojas, 1944: 76)<sup>8</sup>.

Además de hacer uso de referencias a notables sanscritistas como Franz Bopp, Jacob Grimm y Wilhelm von Humboldt, el estudio utiliza materiales de léxico sánscrito como comprobación de filiaciones exigidas por el método comparativo<sup>9</sup>. Uno de los momentos, a estos fines, más definitivos de la impronta comparativa en el pensamiento lingüístico de Rojas, está fijada en torno a la autoridad de la lengua sánscrita: “En las lenguas de origen semítico la definición de Dios está basada en alguno de sus principales atributos; así se dice: *El Unico, El Eterno, El Todopoderoso, El Justo, El Sabio, El Bueno*. De las tres familias en que están divididas las lenguas europeas, la greco-latina aceptó como atributo principal de Dios, cuanto se refiere a la esplendor; así se dice: *Teso, Deus, Dios, Dio, Dieu*, voces derivadas del sánscrito *Diu*, que significa *brillar, esplendor*. La familia sajona-teutónica, se fijó sobre la bondad de la pureza, la virtud por excelencia: así, los ingleses dicen, *God*, los alemanes *Gott*, voces derivadas del sánscrito *Cuhd*, que significa *purificar, bondad*. La familia eslava se fijó en la distribución, la riqueza, así los rusos llaman a Dios, *Bog*, que se deriva del sánscrito *Claj*, que significa *repartir, distribuir*” (Rojas, 1944: 82).

En otros casos, Rojas, amparado por el saber de diversos especialistas, invocará al sánscrito como revelación de influencias de evidencia segura entre las razas americanas y las asiáticas:

- Las Pléyades, llamadas vulgarmente la Pollera y también las Cabrillas, traen su nombre del griego *pleo, navegar*. Los quechuas las conocen con el nombre de *Kollka*, que significa *La asamblea*, palabra derivada del sánscrito *Kull* (reunión), según López<sup>10</sup>. Los aztecas le dieron el nombre de *Omuch*, que equivale a *grupo*. Ellos figuraban en esta constelación el grupo de los cuatrocientos nahuas, com-

pañeros de Hunappu, después de la apoteosis de éste, según refiere la leyenda azteca (Rojas, 1944: 87).

- En algunos idiomas americanos, según Humboldt, la Luna se conoce con el nombre de *Sol de noche*. Los indios del Canadá dicen, *Nipia Kisathwa*, que equivale a *Sol que duerme*. Los quechuas la llaman *K'Killa*, *La blanca*, *La brillante*, del sánscrito *kit*, *blanco*, *brillante*, según López (Rojas, 1944: 88).
- Ahora, de *vas*, *habitar*, se deriva *huasi*, *casa*; y de *vas*, *poder apuntalar*, *soportar*, *huasa*, *el espinazo*, *las espaldas*, *lo que sostiene*. Quizá, dice López, es necesario referir a la misma raíz *va*, *soplar*, la raíz *va-k*, *hablar*, considerando la palabra como soplo. Entonces al lado del sánscrito *vakya-mi*, *yo hablo*, y del latín *vocare*; podría colocarse el quechua *huakiani*, *yo llamo* *hak'iani*, *yo gimo*, *yo grito*. En apoyo de estas aseveraciones podríamos presentar, además de los ejemplos dados, otros vocablos quechuas; pero nos contentaremos con agregar los siguientes: *huarapu* se deriva del sánscrito *var*, que equivale a *bebida*. *Huachi*, *flecha*, se deriva del sánscrito *va*, *soplo*, etc. Nos falta, finalmente, que considerar la sílaba *hua* como afijo o complemento de algunas voces. En estos casos, según López, la sílaba *hua* indica que el sujeto está dotado de la cualidad o propiedad enunciada por la raíz, y equivale aproximadamente, a un artículo demostrativo, v.g. *ashua* (chicha) que se deriva del sánscrito *ac* (picar); *kalhua* (pescado) se deriva del sánscrito *c'al* (agitarse, ondular) (Rojas, 1944: 107).
- En el idioma sánscrito, *purva* y *puruva* significan *la playa oriental*. De aquí deriva el orientalista Paravey los nombres de Perú, Pará, con tal o cual terminación (Rojas, 1944: 125).

Con notable frecuencia el razonamiento en Rojas recurre a la implicación orientalista en conexión fluida con la consideración de las lenguas americanas. Observa los fenómenos americanos como si estuvieran dentro de un panorama de estudio de proyección y vastedad similar al de las culturas del Oriente. En todo momento, tiene pronta la referencia y la alusión orientalista. El Indostán, Babilonia, Egipto, Jerusalén pasan a convivir en natural productividad teórica con las culturas indígenas del continente americano. Se trata de un suelo teórico que entiende como ne-

cesidad. En su estudio: “Algunos vocablos de geografía general, en las provincias caribes de Venezuela” analiza nombres geográficos en dimensión e invocación de nombres de geografías orientales. Orígenes americanos fraternizando con los orígenes orientales que representan los orígenes de la Humanidad: “Todos ellos representan, en la historia del Nuevo Mundo, los orígenes americanos, de la misma manera que, en el antiguo, los de Mesopotamia, Ararat, Cáusaco, Himalaya, Egipto, Tébbas, Arabbia, Indostán, Elburz, Jerusalén, simbolizan la cuna del género humano, el Diluvio, la irrupción de los pueblos, los patriarcas, Jesucristo y la historia del Cristianismo” (Rojas, 1944: 140).

En uno de sus trabajos más notables, “La oración dominical en lenguas venezolanas”, Rojas produce una explicación que, como plataforma de los textos acopiados como apéndice documental, construye un recuento histórico de los diccionarios, catálogos o mitridates elaborados con la finalidad de comparar las lenguas del mundo asociando las formas de interpretar el *Padre Nuestro*. Su base teorizadora vuelve a insistir en la referencia orientalista. Enfrenta, a estos fines, el tiempo de los estudios coloniales americanos con el de los estudios orientalistas producidos en paridad cronológica. Identidad sincrónica que potencia otras identidades comparativas: “Una novedad en la literatura de aquellos días debió ser la traducción de la oración dominical en lenguas y dialectos americanos. El estudio de los idiomas asiáticos llamaba la atención de las sociedades sabias, mientras que el espíritu de conquista patrocinado por los pueblos y gobiernos, ensanchaba el vasto campo de los conocimientos geográficos. Los pueblos se acercaban y se unían por medio del comercio, las lenguas se canjeaban, y la imprenta que, desde mediados del siglo décimo quinto, había comenzado su labor inmortal, contribuía de una manera poderosa al progreso de toda conquista” (Rojas, 1944: 198). Cita, entonces, algunas de los nombres más notables de estos míticos estudiosos: “Los viajeros europeos que, desde el siglo décimo quinto, habían visitado el Asia, fueron los primeros que incorporaron a sus descripciones geográficas la oración dominical vertida a las lenguas orientales. Para no citar todos los trabajos, nos contentamos con nombrar a los viajeros y lingüistas, Shildberger, Postel, Ambrosius, Bibliander, Vulcanius, Wilhlem, Gesner, etc. Era una base para continuar” (Rojas, 1944: 198).

Y esta base para continuar, que Rojas destaca, dará renovados frutos en las dos direcciones -rutas, las hemos llamado-, del

estudio del sánscrito en Venezuela. Un sector de la ciencia, ya para el final de la centuria, dará continuidad al sanscritismo de aliento clásico, estudio de la lengua en el marco de las lenguas antiguas; el otro, intentará implicar la reflexión sánscrita con la de las lenguas indígenas del país y con la del español venezolano, como curiosidad de la ciencia de ese momento. Apoyo y crítica, en el último caso, vendrán a establecerse como nuevos parámetros de la discusión.

Un contemporáneo de Rojas, el sabio germano-venezolano Adolfo Ernst (1832-1899), mostrará indicios de cambio en cuanto a la consideración del discurso sanscritista hermanado con el estudio de las lenguas indígenas. El primer rasgo, la ausencia de la referencia sánscrita. Apenas, en toda su extensa obra, un par de menciones a la *Deustches Mithologie*, de Jakob Grimm. Ninguna a Jones o a Bopp. Friedrich Müller, citado una y otra vez como adelantado de la definitiva clasificación aruaca de la lengua guajira, en coincidencia con el pensamiento del propio Ernst (Pérez, 1988: 145). En otro orden, la invocación al sánscrito es ya de carácter general e invisibilizada u oculta detrás de la reflexión general orientalista, pesquisa de semejanzas, comprobación de orígenes comunes. Sin duda, palpitaciones del pensamiento comparatista de base indoeuropeista, pero que se diluye en una reflexión etnográfica más moderna. Dos pasajes ilustran este viraje que, aún, está cargado de significaciones, reminiscencias y fascinación por el mundo oriental.

En el primero, Ernst rememora, frente a las ruinas de las altas culturas mesoamericanas, los monumentos de las grandes civilizaciones del Oriente: “La América es generosa en sorpresas con los que estudian su historia antigua. Hemos hablado de los vestigios, tan abundantes como enigmáticos, que nos han dejado los pobladores primitivos de la mitad septentrional del Continente, y nos toca ahora pasar en somera revista las ruinas monumentales de Centro-América: templos, palacios, monolitos, estatuas y bajo-relieves que por su magnitud y variedad traen a nuestra memoria las antigüedades de Egipto y Asiria, del Indostán y China” (Ernst, 1988: IX: 353).

El segundo pasaje refuerza idéntica posición. Nuevamente los monumentos de piedra le son propicios para entender los monumentos del espíritu y la interconexión que entre ambos funciona desde las culturas orientales y las de América. Cree Ernst que existe, también para el continente americano, una conexión entre

monumentalidad y explotación, entre imperialismo y trabajo, saber y mano de obra, explotación y progreso. Aquí las grandes culturas antiguas cumplen un papel protagónico: “Doquiera que encontramos entre las naciones de la antigüedad edificios de tamaño tan extraordinario, debemos suponer, como condición esencial, la existencia de un gobierno déspota y de una raza dominante que compelia a un pueblo sojuzgado a la ejecución del trabajo; a los conquistadores pertenecen la concepción de las obras, el talento mecánico y el carácter de la ornamentación; los conquistados contribuyen con los elementos materiales y con el sudor de su frente. Así fue en Egipto y Asiria, en Indostán y China, y es muy probable que los monumentos de la América Central tengan un origen semejante, aunque no tenemos perfecto conocimiento de las circunstancias particulares” (Ernst, 1988: IX: 370).

La presencia sánscrita durante las décadas siguientes agudizaría más las rutas posibles por donde abordar la problemática de su estudio. Un letargo sobre los estudios clásicos motivaría, al contrario, un repunte de la explicación orientalista y sanscritista en relación a la comprensión de las lenguas indígenas venezolanas y, especialmente, a la comprensión de la materia indigenista en el español de Venezuela.

Una división de criterios y teorías había generado ya que se intentaran justificar etimologías orientales para las voces de origen indígena que se usaban con frecuencia en el español del país desde los primeros tiempos coloniales. Fuerte discusión, resuelta sólo a comienzos del siglo XX, estaba generando una polarización entre los estudiosos al elaborarse repertorios léxicos que justificaban y documentaban para nuestras palabras ascendencias y orígenes en lenguas remotas del mundo oriental antiguo. En respuesta a esta posibilidad, una escuela de estudiosos, por lo general naturalistas implicados con las ideas darwinistas y evolucionistas, tratan de buscar sólo explicaciones etimológicas a las lenguas indígenas y a los indigenismos en el español venezolano por la vía de las propias lenguas indígenas del continente.

Casi en solitario, pero con gran capacidad para crear estruendo sobre esta materia, Julio Calcaño (1840-1918) se encarga de ser el portavoz más calificado del sanscritismo y orientalismo etimologista en el estudio de los indoamericanismos léxicos. Polemista de dotes inusuales, logra poner en su contra a toda la ciencia de su tiempo en esta materia. Directa o indirectamente, más de un autor reacciona contra sus ideas y contra sus justifica-

ciones, en la mayoría de los casos, muy desacertadas. Se obstina en ofrecer etimologías fortuitas y casuales, alcanzadas por parentescos formales o conceptuales muy débiles, para reforzar su tesis de que nuestros orígenes léxicos están emparentados a orígenes orientales y asiáticos. En este sentido, su obra maestra, *El castellano en Venezuela* (1897) resulta maestra también en la aplicación de este desafortunado método que, además, enconaría las críticas a su obra y a su personalidad políticamente conflictiva, para desvalorizar su trabajo descriptivo, en otros sentidos, meritorio y rescatable. En cualquier caso, en Calcaño se encadenan a su visión de la descripción lingüística, un clasicismo greco-latino, un orientalismo sanscritista, un antipositivismo, un antiindigenismo y un imperialismo con su despiadada e irracional comprensión purista de los fenómenos.

Sobre el principio de la poca incidencia del mundo indígena en la configuración léxica del español venezolano, Calcaño, además, se hace eco o construye una explicación foránea que no se compagina con la historia y cultura de los pueblos indígenas. Sus palabras, cargadas de fuerza reactiva, produjeron desequilibrio entre los científicos indigenistas del momento. Calcaño apuesta siempre a la escasez: “Pocas son las voces indígenas de que hacemos uso en Venezuela, y algunas de ellas, introducidas por los conquistadores, pertenecen al azteca ó á otras lenguas del continente, ignoradas de nuestros indios” (Calcaño, 1897: 531).

En esta concepción del estudio el siguiente paso, entonces, lo constituye, también, el universalizar la poca presencia indígena ofreciéndole, en contraste, un pasado cultural afiliado al de las grandes culturas antiguas, en la propuesta de la imposibilidad de conocer el auténtico pasado de estas culturas, nacidas, se creía, al cobijo de la presencia hispánica. Propuesta radicalmente contraria, como se verá, la de la etnolingüística de finales del XIX y comienzos del XX, empeñada en la reconstrucción de la prehistoria indígena. Ajeno, Calcaño inaugurará su propia ruta exotista y en ella la consideración teórica más marcada supuso la negación de la idea de la evolución que la lingüística histórica del siglo en cuestión defendió y confirmó, sino, en cambio, la resurrección del monogenesismo y de la explicación bíblica. La afirmación de Calcaño de que las lenguas “se forman por sí solas al soplo del espíritu divino” (Calcaño, 1897: XVII), hubiera convencido a muy pocos lingüistas europeos de ese tiempo (Schuchardt, 1885).

En cuanto al sánscrito, Calcaño lo invoca en asignaciones etimológicas. Una lista con éstas asignaciones arrojaría resultado elocuente como desconexión científica o impericia filológica, pero, sin duda, fortalecería la presencia sanscritista y orientalista de un sector del pensamiento lingüístico venezolano:

*Agave* tiene origen en el sánscrito *yag-ya-s*, y *agao*, venerable, digno de admiración y respeto, del verbo *ac*, venerar, honrar (p. 427)<sup>11</sup>.

*Ají*. El vocablo *ají* con que designamos el pimiento americano tampoco parece ser de origen americano, y ó fue puesto por los españoles que venían de la guerra de Granada ó fue introducido en tiempos anteriores por los malayos ú otras tribus del antiguo continente., si no es que todas las naciones americanas, como tengo para mí, vinieron del Asia y del Africa (pp. 404-405)<sup>12</sup>.

*Anime*. El origen de la voz *ánime* es sánscrito: de *anas*, *anilas*, soplo, aire, aliento [...] (p. 427).

*Bucare* y *búcaro*, tenidas por portuguesas desde que un ilustrado investigador hispano-americano les dio tal filiación, son evidentemente de origen sánscrito, pasadas sin duda á América por medio de las lenguas del archipiélago indio. *Bukhara* significa en sánscrito “el grito del tigre”, y era nombre que en la India ponían al niño cuando en las cercanías de su vivienda se había cazado un tigre que diezmaba los rebaños (pp. 402-403)<sup>13</sup>.

*Budare*. El sustantivo *budare* es caribe, esto es, indígena de Venezuela; pero su raíz pertenece al malayo, dialecto del sánscrito: *bu*, asar, emparrillar (p. 408).

*Burdo*. [...] Este vocablo, *bardus*, remonta al sánscrito *bharas*, carga, de donde proceden asimismo con significaciones análogas de pesado, dificultoso, gravoso, rudo, burdo, las góticas *baurths*, *baurthei*, *bairan* [...] (p. 428).

*Carey* [...] Al contrario, la voz indígena, como sucede con otras, es corrupción de la castellana *carey*, del malayo *karah* que se pronuncia *karé* de donde el francés *caret*, nombres todos del reptil. Esta voz malaya es la sánscrita *kara*, en *batak hara* [...] (p. 472).

*Cobrar* [...] De la partícula *re* y el verbo *capio*, *capere* (sánscrito *kup* ó *kub*), formó el latín el verbo *recipere*,

que tiene la forma *recupere* [...] Aunque *capere* no tuviese otra significación que la de *tomar*, no era ello razón para establecer tal definición porque los vocablos varían de una lengua á otra en forma ó en significación, y á las veces en entrambas cosas. Tal aconteció con *capere*, cuyo significado no es el mismo del verbo sánscrito *kup*, cubrir, de donde deriva (pp. 303-304).

*Culí, culíes y colí, colíes*, llaman en Venezuela á ciertos jornaleros ó peones que vienen del Asia y del Africa. El vocablo *culí* es el malayo *kuli* que significa jornalero, hombre de trabajo, maniobra, y se formó del sánscrito *kuli*, mano. La formación *koli* es del Hindostán, donde se le ha dado la significación de tejedor [...] (p. 480). Es de notar que en sánscrito *kuli* ó *kuri* es mano, y *kula*, lago (p. 540).

*Machacar*, del griego *masaomai*, de *masao*, que deriva del verbo sánscrito *mas*, cortar, romper (p. 400).

*Manteca* [...] No es creíble que la voz sánscrita indicada en el Diccionario de la Academia como etimología de la castellana *manteca*, y cuya significación no se da, haya saltado al castellano por sobre los idiomas intermedios (p. 451).

*Marca* es evidentemente el gótico *marka*, distinción, señal, del sánscrito *marc*, discernir, distinguir [...] (p.413).

*Parapara*. Del sánscrito *pala*, nuez, hacen los dialectos del archipiélago indio *pala*, *papala*, *palapala*, *paras*, *parapara*, con el fin de significar la misma nuez ó la redondez de un cuerpo (p. 407).

*Parar* [...] La raíz de la voz griega es la sánscrita *Poer*, mover, avanzar; de la cual salieron los prefijos *para*, delante, ante; *prati*, junto, cerca; *pari*, en torno, alrededor; y *pará*, más allá, del otro lado, allende; los que, mutatis mutandi, se encuentran en las lenguas griega, latina y neo-latinas (p. 294).

*Picota* es voz catalana, derivada de *pico* (cuya etimología es el sánscrito *picc*) (p. 218).

*Pipa* [...] No pretendo decidir el punto, pero sí hacer algunas observaciones, y la principal es que todos remontan al sánscrito: unos, a la raíz *pā*, nutrir, y otros á la raíz *pī*, beber (p. 222).

*Putā*. La etimología del vocablo *puta*, ramera, no es la del latín *puta*, muchacha. Del sánscrito *Pú*, limpiar, purificar, tiene el latín *puro*, *puto*, *puta*, *putus*, *purus*; y de ahí *puta* en el sentido de muchacha ó doncella, esto es, limpia, pura (pp. 412-413).

*Taita* [...] y la de *padre de mancebía*, esto es, el que cuida de la mancebía, *taita* es castellano (del vascuence *aita* ó *taita* padre; sánscrito *ata*) (p. 225).

*Trans*, *tras* ó *tra*, latín *trans*, sánscrito *tiras*, significa al otro lado, ó á la parte opuesta, ó denota un espacio recorrido (p. 12).

*Traya* por *traiga*, que se oye á las veces por los campos, *caya*, y *oya*, cambiaron así por un procedimiento sencillo, y en cierto modo natural, la *y* por *g*, é introdujeron la vocal breve accesoria *i* por razón de eufonía. Desde el sánscrito viene actuando en los idiomas derivados el cambio de la *y* por *g*. La *y* corresponde en griego á la *i* (*iota*), y algunas veces á la *z*; y en todos los demás á la *i* ó á la *g* (*Eichhoff*. Grammaire Générale Indo-Européenne. Pág. 175) (pp. 38-39).

Por iniciativa del Secretario Perpetuo de la Academia Venezolana, el primer *Resumen de las Actas de la Academia Venezolana*, publicado el año 1884, consigna, en calidad de apéndice, una amplia lista de “Libros adquiridos por la Academia Venezolana correspondiente de la Real Española desde su instalación hasta la fecha”, obra del Bibliotecario Perpetuo, Manuel Fombona Palacio. Las referencias orientalistas y sanscritistas son, por demás, abundantes y significativas. Textos y manuales gramaticales y lexicográficos producidos por la ciencia europea del lenguaje se integran en el repertorio de las producciones venezolanas sobre otras materias<sup>14</sup>. Los estudiosos europeos refieren abismados la contradicción entre las ideas anacrónicas expuestas por Calcaño en el cuerpo del *Resumen* y la presencia declarada de las obras más representativas de la actividad científica en materia del lenguaje de esta época: “Solamente que no queremos dudar de la posterior y fructífera labor de un Instituto, en cuya Biblioteca se encuentran las obras de Bopp, J. Grimm, Diez, M. Müller y otros” (Schuchard, 1885: 424).

Muchos autores, venezolanos y extranjeros, reaccionarían contra las ideas indigenistas de Calcaño. Protagonizan la reacción expresa o implícita, entre otros, Hugo Schuhardt, Rodolfo

Lenz<sup>15</sup>, Rufino José Cuervo, José Gil Fortoul, Julio César Salas, Pedro Manuel Arcaya y Lisandro Alvarado. Me gustaría fijarme en los tres últimos.

En niveles distintos de reflexión y con diferentes aspiraciones en la investigación científica, estos autores, al oponerse al antiindigenismo de Calcaño, estaban marcando pauta ideológica frente al comparatismo sanscritista u orientalista en conexión con la clasificación y conocimiento de las lenguas indígenas venezolanas. Salas, Arcaya y Alvarado potenciarían, más allá de la simiente opositora, una aproximación sensata y cierta del problema indígena en materia de lenguaje.

El primero de ellos, Julio César Salas (1870-1933), autor, entre otros de un monumental diccionario comparado de lenguas indígenas, titulado *Orígenes Americanos*, replicaría fuertemente a Calcaño, pero, en la propia elaboración de su gigantesco trabajo<sup>16</sup> se haría partícipe de una documentación orientalista, de controlado aliento. Efectivamente, pone a dialogar las lenguas indígenas venezolanas con lenguas de las regiones más remotas del planeta en la realización de tan descomunal obra. El sánscrito, el persa, el malayo, el zendo, el hebreo, el árabe, el chino, el babilonio, el arameo, el elamita, el hindostano, el mongol, el tártato y el turco, entre otras (Márquez Carrero, 1983: 85-86), se juntan para arropar hipótesis etimológicas y para optimizar rangos culturales que fueron muy caros en este periodo de la ciencia lingüística nacional.

Sin embargo, siempre en Salas subyace la idea de que no son estas conexiones, fortuitas o auténticas, las que darán con la verdad clasificatoria, ni con la explicación de los procesos que hablan de los orígenes y evoluciones, sino que las lenguas indígenas y sólo ellas deben dar cuenta y propiciar el saber para su propio conocimiento. Es así como, teniendo al frente estas ideas, atacará a Calcaño en un texto en donde diseña una estrategia crítica contundente y pertinaz y, además, en donde agrupa una valiosa documentación léxica que hace resonar con debilidad las propuestas del primer Secretario Perpetuo de la Academia Venezolana. Salas ha titulado estos textos: "Críticas a una crítica", el primero; y "Apostillas sobre *El castellano en Venezuela* de Julio Calcaño", el segundo (Salas, 2000).

Oír a Salas es inundarnos con la problemática y programar la conciencia de las críticas que, después, vendrían de Arcaya y de Alvarado: "De lamentar es que obras como la del señor Calcaño destinadas a uso didáctico contengan errores de bulto, en mate-

ria histórico, etnográfica y lingüística, no sólo por la afirmación que contiene el prólogo ‘de que las voces indígenas usuales hoy en Venezuela, son relativamente escasas’, sino que en el texto niega la ascendencia indígena americana de las palabras *ceiba*, *maíz*, *cacique*, *Aragua*, *araguato*, *guajiro*, *caribe*, *cabuya*, *Guaira*, *manatí*, *guácimo*, *petaca*, *caney*, *macana*, *canoas*, *quinchoncho* y otras, para las que busca etimologías no sólo en el castellano, éuskaró y gallego, sino en el latín, árabe, griego, fenicio, malayo, y lenguas del África” (Salas, 1921: 43; Salas, 2000: 51)<sup>17</sup>.

Pedro Manuel Arcaya (1874-1958) traslada la reflexión a un plano teórico, desvinculado de la polémica sobre Calcaño. Tratando de retomar sólidos principios clasificatorios que provienen de experiencias científicas referidas a los estudios indoeuropeístas y sanscritistas, invocará el ejemplos de estos procederes y su validez de aplicación para el estudio de las lenguas americanas: “En todo caso, agregamos nosotros, si al fin resultare que las llamadas familias *caribe*, *nuarhuaca*, *tupi* y otras ramas de un antiguo idioma único, como sucede con las lenguas indoeuropeas (eslavas, góticas, célticas, itálicas, helénicas, armenias, persas, indias y otras) respecto al ario primitivo, probablemente su dispersión remonta tan atrás, que prácticamente las citadas familias pueden considerarse como no ligadas las unas con las otras” (Arcaya, 1918: 8).

Lisandro Alvarado (1858-1929), en cambio, focaliza la reflexión sobre Calcaño, pero para propiciar una interpretación más sólida sobre el lenguaje criollo y la influencia indígena de su constitución. En el prólogo al *Glosario de voces indígenas de Venezuela* (1921), asentará su posición con palpitaciones antiorientalistas para esta materia: “Nuestro erudito académico Dn Julio Calcaño parece en sus escritos preocupado con el pensamiento de apartar de toda influencia sobre el español venezolano a los idiomas indígenas como si fuesen de suyo impropios para jugar ese papel en la evolución de nuestra habla. Las lenguas orientales le son más meritorias a este fin, y hale sido en consecuencia preciso entrarse en el complicado y arduo problema relativo a la procedencia del hombre americano” (Alvarado, 1953: I, 6).

## Ruinas

En este marco de tensiones, emerge la obra de Félix E. Bigotte (1833-1907) como insumo nuevo a la reflexión sanscritista en Venezuela<sup>18</sup> y, quizá, como el último avatar de esta parcela del trabajo lingüístico en nuestros espacios de investigación. Autor

de una obra gigantesca en diez volúmenes que nunca llegó a publicarse y que se encuentra actualmente desaparecida, la *Gramática latina comparada con diez idiomas*, ante la cual los contemporáneos del autor rindieron admiración (Calcaño, 1882; Herrera Irigoyen, 1896 y 1905; Vizcaya, 1944), estaba llamada a constituirse en la corona de los estudios sanscritistas venezolanos. De ella nos ha quedado, apenas, un artículo que se publica en el número 116 de *El Cojo Ilustrado*, en 1896.

Este artículo significa, hoy, uno de los hitos más sólidos sobre los estudios sanscritistas en Venezuela. Una doble razón anima esta catalogación. La primera, el conocimiento, por leve que sea, de lo que fue la obra ciclópea elaborada por Bigotte; y la segunda, la posibilidad que permite este texto de eslabonar una tradición que se creía extinta para ese momento.

Lo precede, además de la “Nota para el lector”, una carta de Bigotte en donde agradece al editor de la revista los comentarios felices y elogiosos sobre su obra en una nota aparecida, dos números antes, el 15 de septiembre. En respuesta a la fascinación de Herrera Irigoyen, le entrega, ahora, una ínfima muestra de su monumental *Gramática latina comparada con diez idiomas*: “Remito á usted algunos párrafos de una de esas obras, por si creyere que pueden ocupar humilde puesto en la última página de su interesante y bien aplaudido periódico. Al hacer esa elección de una obra didascálica, que acaso no está muy en relación con el carácter literario de su periódico, es porque, sabido ya que ella pertenece á mis queridos conciudadanos, quiero darles con algunos artículos, una idea de mi débil ofrenda” (Bigotte, 1896: 793).

Partiendo del principio de que son “los pueblos y nó las Academias” los que “forman las lenguas” y “si la mayoría de los habitantes de aquellos hace uso de ciertas formas ó dicciones entendidas y aceptadas por la generalidad, no nos juzgamos con derecho para repudiarlas” (Bigotte, 1896: 793), que expone en la mencionada “Nota para el lector”, Bigotte se erige en un abanderado de la teoría del uso, aquella en marcha creciente durante el siglo XIX, que postulaba, además de la arbitrariedad del signo, la producción y aceptación de las peculiaridades lingüísticas avaladas sólo por el uso que los hablantes hacían de ellas. Punto de teoría lingüística de avanzada en el pensamiento de un conocedor en lenguas de tiempo superado. Interesante, por otra parte, la idea de que todo conocimiento lingüístico desemboca en afinidades de teoría lingüística. Palpita en su obra, además, la idea de que la

lingüística es fuente de esclarecimiento del saber histórico. Así lo declara en un fragmento hallado en su libro sobre Colón: “La lingüística, después del Descubrimiento del Nuevo Continente, ha llevado la luz de sus fanales á todas esas importantes cuestiones, ó sea al oscurantismo en que por tantos siglos se encontraron los hombres de los remotos tiempos” (Bigotte, 1904-1905: II: 207).

La primera reflexión ubica el estudio como contextualización y significación del estudio del sánscrito en el conocimiento de las lenguas indias y, razón fundamental, en consecuencia, en el de las lenguas indoeuropeas. Repasa, casi como un homenaje, la galería de figuras eminentes de la indoeuropeística sánscrita, que entiende como exploradores de la lengua:

Desde fines del siglo pasado, los sabios más notables de la Europa, al frente de los cuales debemos citar, como un homenaje rendido á sus nombres ilustres, en Alemania Bopp; en Francia el venerable Anquetil; Duperon, el célebre Silvestre Sacy, gloria y honor de las letras orientales; Chézy, el incansable profesor que inauguró al principio del presente siglo, el curso de lengua y literatura sanscrita en el Colegio Real de Francia; y más recientemente sus dignos sucesores Burnouf (Eug.); el barón Dumast; Burnouf (Emil.); Eichhoff; etc. etc., que han explorado, allanado y facilitado con sus eminentes trabajos, esa vía en que muchos otros hemos entrado después, reconociéndoles siempre como nuestros eminentes maestros. En Inglaterra Williams (Mon.); Wilson, cuyo Diccionario, dice Burnouf, fue la base del suyo, y un gran número de profundos literatos, se han entregado al estudio de esa cepa antigua que llamamos *Sanscrito*, de donde, cual nuevos retoños han surgido todos los dialectos usados en la India (Bigotte, 1896: 793).

Lamenta, sin embargo, el desarraigo de los estudios sánscritos para su tiempo y la indolencia con la que se los mira. Construye una reflexión sobre su rareza en la perspectiva occidental, que mira con ojos desorbitados y que tuerce la boca en gesto de burla ante los estudiosos dedicados, aún para el final del siglo XIX, a estas materias. Labor de iniciados o religión, el sanscritismo es analizado por Bigotte tanto para Europa como para América y Venezuela. Busca justificación a la apatía en el oscurantismo colonial, en la situación bélica independentista y en las contiendas intestinas de la vida republicana. Ignorando momentos anteriores de la aproximación venezolana al sanscritismo, Bigotte busca

acercarse a la justificación de su propia vocación: “Respecto a la juventud de la América del Sur, y contrayéndonos especialmente al suelo que nos vió nacer, su situación puede considerarse excepcional, relativamente á ese género de estudio; pues sometidos á un oscurantismo forzoso, durante el tiempo de la colonia , y entregados constantemente á guerras intestinas después de nuestra emancipación política, no puede decirse en justicia que sea por apática indiferencia ó por falta de valor, el que ningún venezolano (que nosotros sepamos), haya correspondido á esa excitación de la ciencia, que tántos estímulos ha tenido y tiene aún en la vieja Europa” (Bigotte, 1896: 704).

En este panorama, su propia experiencia es repotenciada para potenciar la fuerza de esta suerte de religión científica con exigencias de inusuales perseverancias y de rigores infrecuentes: “Particularmente, inclinado por gusto á ese género de estudio, dotado acaso de más paciencia que otros, emprendí levantar el velo que ocultaba á mis miradas ese santuario misterioso” (Bigotte, 1896: 704). Explorador de las lenguas, describe su propio descubrimiento del sánscrito como el arqueólogo describiría la aparición de un tesoro oculto debajo de la geología de los tiempos:

Yo perseveré. Dos grandes estímulos aguijoneaban constantemente mi deseo; y á medida que deshacía un pliegue de ese velo misterioso, veía brillar á mis ojos algunos rayos de luz; mi curiosidad se reanimaba; la fatiga desaparecía; nuevas fuerzas venían á sustentar mi entusiasmo; y algunas veces me resentía contra el órden natural que me obligaba á desprenderme de mis investigaciones.

Después de haber estado sometido voluntariamente á esas duras pruebas; después de mil fatigas y dudas; de saliento y hasta decepciones, si así pueden llamarse las ilusiones presuntuosas del que cree que puede marchar con la luz del relámpago, y queda de improviso sumergido en las tinieblas, pude al fin, como los hijos de Mefraïn y de Hénoe, poner mis plantas profanas en el umbral del Templo augusto en que se encuentran consignados los conocimientos de uno de los pueblos más remotamente civilizados del Universo; de ese pueblo en que se reflejan las antiguas facies de la humanidad; que, aún prescindiendo de la utilidad en gramática, y de sus bellezas en artes, bajo el punto de vista del sentimiento y del saber, ha sido hasta hoy el ménos revelado al conocimiento general (Bigotte, 1896: 704).

Pasa, a continuación, después del arrebató inicial del descubrimiento de arqueología lingüística, a detallar el proceso de construcción de su método. Solventada la fascinación por el hallazgo, Bigotte entra en la consideración sobre la argumentación comparativa, sobre los enlaces, sobre las conexiones, sobre las posibilidades de ir entendiendo la urdimbre de los idiomas emparentados, los entramados que arman un tejido de similitudes comparativas que, afinan semejanzas, nexos clasificatorios, impulsos culturales y que legitiman las delicias del método más fecundo en la ciencia lingüística del siglo XIX: la comparación y siempre la comparación, no de palabras aisladas, sino de los procesos estructurales que dibujan la cartografía de las lenguas al marcar las fronteras entre las formas que les ofrecen rostro propio.

Bigotte postula principios que hacen posible el perfil comparativo de su descripción. Este se asienta en una fe en las delicias del sistema de comparaciones entre las lenguas, en la idea del sánscrito como lengua matriz, en el estudio sustantivo de las raíces como habían planteado los más notables sanscritistas alemanes y, entre otros, en la confirmación de la maravilla de la lengua sánscrita, a la que califica como “lengua perfecta”, en proceso de inversión reflexiva generada por la comparación. Es decir, la comparación permite sostener que, en vista de que las lenguas indoeuropeas y las modernas todas tienen su punto de partida en la antigua lengua sagrada de la India. Esta genésica refiere, pues, en sí misma, perfecciones y maravillosismos de privilegio para el mundo antiguo. Como cierre del planteamiento, Bigotte reaviva una elocuentísima cita de Fetis, en relación con la música, de desmesurado sabor orientalista: “Nada hay en el Occidente que no venga de Oriente” (Cita en Bigotte, 1896: 794).

Con estas nociones y pasiones siempre presentes, se pondrá organizar una gramática comparada que aisle las raíces sánscritas y que construya una red intrincada de derivaciones en las principales lenguas indoeuropeas o modernas. El plan titánico sólo será materializado gracias a una tenacidad hija de la obsesión científica: “Yo había observado desde el principio de mis estudios, como lo verificará el lector en todo el curso de esta obra, las relaciones sorprendentes que existen entre ese antiguo idioma y las lenguas griega y latina; no sólo en las palabras aisladas, sí que también en su estructura la más íntima, de ese espíritu de analogía que parece haber precedido á su formación; de modo que, después de adquirido el conocimiento de una sola raíz, uno se encuentra en actitud de formar un número prodigioso de pala-

bras derivadas, que ofrecen al pensamiento una imagen que se grava sin esfuerzo en la memoria de una manera indeleble. Tal plan, vastísimo por cierto, era el solo que cuadraba al objeto principal que me proponía, y el que llenaba mis aspiraciones, pero tenía el inconveniente de hacer la obra voluminosa y sobre todo costosísima” (Bigotte, 1896: 794). La conciencia mitridática en Bigotte (Pérez, 1988 y 1999), vastedad descriptiva frente a conciencia material de los recursos, en donde triunfa siempre la primera opción, volición pasional más que razón estructural, hará que el proyecto de Bigotte, al mismo tiempo, culmine y sucumba.

Este proyecto de descripción, estudio y reflexión de la lengua sánscrita y su herencia en las hermanas indoeuropeas procurará, en último ademán pasional, desembocar en una percepción polivalente de la cultura de la India antigua confirmada en el documento lingüístico, imagen y espejo de pluralidades etnográficas. Las más diversas actividades, disciplinas, actitudes mentales, sensibilidades e intereses científicos y espirituales han quedado inscritos en dicho documento. Como pretendiendo hacer del estudio gramatical un estudio de orden superior y complejo, transdisciplinario e intersensible, la obra de Bigotte, como eco de teorías etnolingüísticas que se irían adensando en la ciencia del momento, pretenderá entender la perfección de la lengua sánscrita por su capacidad de correlatar la filosofía, la literatura, la ciencia y la vida misma: “En esa comarca que nos ofrece los monumentos más antiguos de una lengua perfecta; de una civilización avanzada; de una filosofía donde todas las direcciones del pensamiento humano tienen su expresión, y una poesía inmensamente rica en todo género; en esa comarca, decíamos, existían tratados de todas esas ciencias, cultivadas en tiempo en que la Europa entera estaba sumergida en las más profundas tinieblas de la ignorancia y de la barbarie” (Bigotte, 1896: 794).

El texto, después de repasar las delicias lingüísticas de la cultura india reflejada en las vertientes señaladas, culminará con esta pretensión en una conclusión que vuelve a insistir en las delicias del estudio sanscritista: “Separémonos de esta vía en que hemos tratado de demostrar las ventajas, las bellezas, la riqueza de la lengua India ó Sanscrita; y sobre todo la utilidad, satisfacción y placer que pueden obtenerse con su estudio” (Bigotte, 1896: 794).

Este único documento que Bigotte nos ha dejado sobre el sánscrito, nos entusiasma y nos frustra, al no arribar a puerto alguno y al mantenerse en un indelimitable deambular científico.

Dos líneas de trágicos puntos suspensivos representan, muy simbólicamente, el final de este esfuerzo desmesurado. Cinco mil páginas que se trasladan agónicamente a las tres columnas de dos páginas de *El Cojo Ilustrado*. Trasvase despiadado que, aunque nos habla de cúspides, no son más que depresiones de un terreno cuya geografía nunca conoceremos<sup>19</sup>.

La ciencia de su momento, como la del período posterior, conservará en su memoria el esfuerzo de este autor singular, portentoso, críptico, proscrito, excluido e intocado, que nos revela el quehacer constructor de una época de construcciones mentales, el quehacer descubridor en un momento de descubrimiento de los monumentos del espíritu, el quehacer de una inteligencia que se inmola en el sacrificio impuesto por la ciencia en el más destructivo proceso de caducidad del edificio erigido para gloria de una cultura y una ciencia que no supo nunca entender su valor. La reflexión más reciente la entiende en sus ruinas (Key-Ayala, 1977; Araujo, 1969; Miliani, 1973) y enmarcada en la consideración de un infortunio biográfico y científico de tonalidades desmesuradas (Key-Ayala, 1977; Nieschulz de Stockhausen, 1988 y 1997; Pérez, 2002).

## **Extinción**

La lingüística moderna en Venezuela no produciría ningún aporte sustantivo en torno a la materia sánscrita. Las referencias a la antigua lengua de la India quedarían circunscritas a las consideraciones sobre la historia de la lingüística y a la dimensión crítica sobre algunas de las figuras anteriores que se ocuparon de estudiar esta lengua. Es así como, para el primero de estos intereses, los trabajos de Fernando Arellano debe entenderse constituyendo el cuerpo doctrinario y divulgativo más coherente. Este sapiente jesuita ordenará un valioso conjunto de vinculaciones a partir del sánscrito en más de una oportunidad (Arellano, 1977-1979; 1992; 1993). En cuanto a la tonalidad crítica reciente sobre autores del XIX afiliados a la pasión sanscritista, sin ser muy numerosos, pueden constituir un pequeño cuerpo de contribuciones.

Prácticamente extintos y, en consecuencia, ausentes de nuestras aulas académicas y de nuestras consideraciones de investigación, la propuesta actual no es otra que la de sopesar la importancia que para la comprensión de la historia de la lingüística en Venezuela tuvo en su momento la producción sobre el sánscrito. En este sentido, deberían ordenarse algunas conclu-

siones: 1) la aproximación al sánscrito permite establecer la correspondencia entre los desarrollos de la lingüística universal y los de la lingüística venezolana; 2) la necesidad de comprender la historia de la lingüística venezolana en conexión con otras tradiciones del estudio lingüístico; 3) el asentamiento de un interés por los estudios sanscritistas en buena parte de la historia de la disciplina en el país; 4) la valoración antiexotista de las producciones y referencias sánscritas; 5) la consideración retrospectiva privilegiada de estas fuerzas de estudio no con sentido arqueológico, sino como exacto encuadre de estas vocaciones hacia la lengua sánscrita y su significación para el desarrollo de nuestra ciencia del lenguaje.

Aunque queda, aún, mucho por investigar en ésta y otras direcciones sobre los estudios de lenguas antiguas en la lingüística venezolana, puede afirmarse que el camino trazado por los estudios sobre el sánscrito tienen, para el hoy de la historia de la lingüística venezolana, un lugar bien ganado.

### Notas

1. “Por lo que respecta á sus numerosas traducciones del hebreo, del griego y del latin y á otra multitud de preciosos trabajos inéditos que llenaban varias cajas y que desaparecieron del archivo privado, á causa de la orfandad en que quedó su familia, y de las vicisitudes que la han aflijido, no es posible citarlos, parte por ignorancia del contenido, parte por olvido de sus títulos; pero entre ellos se hará mención de una *Gramática castellana*, de otra *Greco-española*, de una *Memoria sobre la Renta del tabaco* y de un *Plan para el arreglo de la deuda colombiana*, trabajos todos importantes y concienzudos, que revelan contracción y conocimientos no comunes” (Núñez de Aguiar, 1975: 594). En comunicación personal, el doctor Blas Bruni Celli, actual bibliotecario de la Academia Venezolana de La Lengua, me ha informado del hallazgo que ha hecho de la *Gramática griega* de Ramos. Esperamos, ansiosos, la aparición de esta obra que, sin duda, ofrecerá nuevos insumos para el estudio de nuestra lingüística del siglo XIX.
2. Es importante hacer notar que Bello no percibe al sánscrito como la lengua original de todas las otras lenguas del mundo, sino sólo de las europeas. Su precisión supone un progre-

so de primer orden y de entrada en razón a la que no se sometieron muchos autores del XIX.

3. Las tres lenguas responden a parentescos indoeuropeos.
4. Se resuelven generalmente como citas, entre paréntesis, del nombre de los autores de los que se ha tomado la referencia.
5. José Ramón Ayala, avalando la información ofrecida por el Conde de la Viñaza, concluye sobre la colaboración de Alix, que Baralt se vio obligado a encargar a este especialista las etimologías árabes y hebreas por su falta de competencia en estas lenguas: "Otros sí habían querido cooperar en la magna empresa del *Diccionario matriz*: el malogrado orientalista D. Enrique Alix, muy versado no sólo en las lenguas sánscrita, griega y latina, sino también en las semíticas, fue encargado de las etimologías arábicas de aquella obra, y a quien sin duda se deben las árabes y hebreas que aparecen en el Prospecto" (Ayala, 1963a: 24). Su presunción se fundamenta en la aparición de unos manuscritos de Baralt con colecciones de palabras árabes y hebreas que revelan un carácter de apuntes para un aprendiz de estas lenguas.
6. Este manuscrito se encontró entre los papeles que Jesús María Morales Marcano recibió del propio Baralt y que reposaron en la Academia Venezolana (Ayala, 1963b: 768). Ayala ha privilegiado la significación de la vocación orientalista de Baralt para la elaboración de su monumental diccionario y para la comprensión de los orígenes de la lengua: "Baralt apenas comenzó esa obra gigantesca. Su trabajo se reduce a aquel elemento de nuestro idioma que, si bien no es el principal como han pretendido algunos, no deja sin embargo de tener en él grande importancia: las lenguas semíticas. Principia el poeta su estudio por la del pueblo escogido [...] Extraño y largo parecerá sin duda el camino seguido por Baralt en busca de materiales para su gran diccionario, si no se repara en que la lengua hebrea, cual hoy la conocemos, está contenida en los escritos del Antiguo Testamento [...]. No andaba, pues, descaminado Baralt, porque reuniese al modo dicho en grupos generadores las raíces contenidas en la Biblia, si quería discernir luego las palabras españolas de verdadera procedencia hebraica de las que no lo eran [...]" (Ayala, 1963b: 768-769). Sustantiva la observación sobre su método etimologista: "Baralt no era de los que juzgan que una palabra castellana es de origen hebreo por la mera semejanza de soni-

- dos: esto lo hubiera conducido a los engaños lamentables en que otros incurrieron. Si existen muchos términos en ambas lenguas que se asemejan por el sonido y raíces, tales semejanzas debidas son más bien al árabe (Ayala, 1963b: 769).
7. “El genio de la lengua es tan diferente del de nuestras lenguas vivas, que todas las gracias propias de aquel idioma, desaparecen completamente aun en las mejores traducciones. Nuestros dialectos son impotentes para imitar la sencillez admirable, el candor, (para valernos de esta expresión), del estilo hebreo en el género histórico: y en la poesía, es tan lacónico, tan impetuoso, tan lleno de fuego y de elevación, que nuestra frase, la mejor, la más pomposa, no hace más que arrastrarse con pena, sin poder jamas alcanzar ni á una lejana imitación. Así, nadie ensaye, nadie emprenda el trabajo imposible de reproducir la ardiente impetuosidad del estilo profético, cuando amenaza, cuando triunfa, cuando canta las glorias del Altísimo: porque más fácil sería detener una flecha disparada con fuerza hercúlea, en lo más fuerte de su veloz carrera” (Larrazábal, 1975: 719).
  8. En su ensayo sobre “Los jeroglíficos venezolanos”, la anterior conexión adquiere un sentido propiamente lingüístico al buscar justificación sobre el estado de la escritura ideográfica de algunos pueblos americanos, más sencilla en cuanto a sus posibilidades fonéticas que la de la cultura del Egipto antiguo: “Indudablemente, sin los estragos de la Conquista, ellas habrían llegado a poseer caracteres fonéticos, tan complejos como los de los antiguos egipcios, de quienes puede decirse, que habían recibido los primeros gérmenes de su civilización” (Rojas, 1944: 28).
  9. Similar situación encontramos en otros textos de Rojas: “La sílaba *Guá* o *Huá*. Como interjección, sustantivo, artículo, verbo, adjetivo, adverbio, radical, afijo y partícula en las lenguas americanas”, “Las radicales del agua en las lenguas americanas” y “De algunos vocablos de geografía general en las provincias caribes de Venezuela”.
  10. Autor de una obra sobre *Las razas arias de Perú*, que Rojas cita con frecuencia.
  11. Cita, en refuerzo, la *Gramática comparada* de Franz Bopp y la *Gramática general indoeuropea* de Eichhoff, autor muy referenciado en nuestros estudios lingüísticos del siglo XIX.

12. Sistemáticamente, Calcaño hace derivar del sánscrito todas las voces de origen malayo.
13. Cita, entre otras documentaciones, la de la *Gramática persa* de William Jones.
14. Las referencias más pertinentes, a este respecto, serían: Bopp: *Glossarium Sanscritum; Grammatica linguae Sanscritae; Vergleichende Grammatik*; Burnouf: *Grammaire turque*; Diez: *Romanische Grammatik*; Eichhoff: *Parallele des langues de l'Europe et de l'Inde*; Gesenius: *Lexicom manuale Hebraicum et Chaldaicum*; Jones: *Grammaire persane*; Müller: *Lectures on the Science of Language*; Raynouard: *Grammaire Comparée*; Remusat: *Grammaire chinoise; Recherches sur les langues tartares*; Renan: *Langues Semitiques*; Sacy: *Grammaire Arabe*; Williams: *Hindústani Primer* (Fombona Palacio, 1884). También, muy ilustrativo resulta revisar las referencias presentes en la *Selecta de libros* editada, en 1983, por la Academia Venezolana de la Lengua. Además de las obras sánscritas de Bopp y Eichhoff, se consigna la referencia de la *Grammatik der Lebenden Persischen Sprache*, de Mirza Mohammed Ibrahim (Academia Venezolana de la Lengua 1983: 29, 32 y 33).
15. Entre otras críticas a la obra de Calcaño, Lenz señala que: "Las lenguas del orbe entero, no sólo el latín, griego, árabe, sánscrito i algunas lenguas americanas, sino malayo, kawi, dayak, malgacho, momgol, gótico, céltico, vascuence aparecen en sabrosa mazamorra" (Lenz, 1905-1910: 77-80).
16. El monumentalismo es un rasgo común entre Salas y Bigotte, que ha sido estudiado desde la perspectiva de los mitridates (Pérez, 1999).
17. Similares planteamientos pueden leerse en "Críticas a una crítica" (Salas, sf.; Salas, 2000: 37-45).
18. Sin ánimo de agotar referencias, son posibles alusiones pertinentes a lenguas orientales y al sánscrito en estudios de índole y alcances diversos. Entre otros, los de Bartolomé Tavera-Acosta (1907), F. Pérez de Vega (1957) y los de J. B. Calderón (1962). Este último, destina el capítulo décimo de su obra a los alfabetos y a la escritura de los antiguos (Calderón, 1962: 91-93).
19. La revista *El Cojo Ilustrado* publica, en su número 339, una contribución de Bigotte sobre el tema de Colón, en donde no

se encuentran huellas sanscritistas: “Paralelo entre el gran poema épico, «La Lusitada», del poeta portugués, Camoëns, y el de «La Colombiada ó Colón», del poeta colombiano, Doctor José María Salazar” (Bigotte, 1906).

### Bibliografía

- Academia Venezolana de La Lengua (1983). *Selecta de libros de la Biblioteca de la Academia Venezolana Correspondiente de la Real Española*. Caracas: Academia Venezolana de la Lengua.
- Alvarado, Lisandro (1953) [1921]. *Glosario de voces indígenas de Venezuela*. En *Obras completas*. Caracas: Ministerio de Educación, I.
- Arcaya, Pedro Manuel (1918). “Lenguas indígenas que se hablaron en Venezuela”. En *De Re Indica*, Caracas; 1: 4-11.
- Araujo, Orlando (1969). “Cien años de novela”. En *Papel Literario de El Nacional*, Caracas, 9 de marzo.
- Arellano, Fernando (1977-1979). *Historia de la lingüística*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello (2 vols.).
- Arellano, Fernando (1992). “La filosofía de la India”. En *Separata Universitaria de Letras*, Caracas: Universidad Católica Andrés bello.
- Arellano, Fernando (1993). “Obras maestras de la literatura de la India”. En *Boletín Universitario de Letras*, Caracas, Vol. I, pp. 9-83.
- Ayala, José Ramón (1963a). “Prólogo”. En Rafael María Baralt. *Obras completas*. Maracaibo: Universidad del Zulia, III (“Estudios filológicos”): 11-60.
- Ayala, José Ramón (1963b). “En torno a un manuscrito inédito de D. Rafael M. Baralt”. En Rafael María Baralt. *Obras completas*. Maracaibo: Universidad del Zulia, III (“Estudios filológicos”): 767-821.
- Baralt, Rafael María (1963) [1850]. “Diccionario matriz de la lengua castellana”. Prospecto. En *Obras completas*. Maracaibo: Universidad del Zulia, III (“Estudios filológicos”): 737-765.
- Bello, Andrés (1981) [1850]. *Compendio de la historia de la literatura universal*. En *Obras completas*. Caracas: La Casa de Bello, IX: 3-196.
- Bigotte, Félix E. (1896). “Sanscrito”. En *El Cojo Ilustrado*, Caracas, N° 116, pp. 794.
- Bigotte, Félix E. (1904). *Colón y su descubrimiento: El Nuevo Mundo o la Gran Colombia*. Caracas: Tip. J.M. Herrera Irigoyen. (3 vols.)
- Bigotte, Félix E. (1906). “Paralelo entre el gran poema épico, «La Lusitada», del poeta portugués, Camoëns, y el de «La Colombiada ó Co-

- lón», del poeta colombiano, Doctor José María Salazar”. En *El Cojo Ilustrado*, Caracas, N° 339, pp. 108-112.
- Calcaño, Julio (1897). *El castellano en Venezuela. Estudio crítico*. Caracas: Tipografía Universal.
- Calcaño, Julio (1882). “Una obra importante”. En *El Semanario. Repertorio de literatura, ciencias y artes*, Caracas, N° 14, pp. 209-210.
- Calderón, J.B. (1962) (1928). *Petroglifos prehistóricos de Colón del Táchira*. San Cristóbal: Biblioteca de Autores y temas tachirenses.
- Ernst, Adolfo (1988) (1885). “La América prehistórica (Análisis del libro de Nadaillac)”. En *Obras completas*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, IX: 346-389.
- Fombona Palacio, Manuel (1884). “Libros adquiridos por la Academia Venezolana correspondiente de la Real Española desde su instalación hasta la fecha”. En Julio Calcaño. *Resumen de las Actas de la Academia Venezolana*. Caracas: Imprenta Sanz, pp. 79-100.
- Frydensberg, Adolfo (1974) [1895]. “Materiales para la bibliografía nacional”. En *Primer libro venezolano de literatura, ciencias y bellas artes*. Caracas: Concejo Municipal del Distrito Federal, pp. 304-335.
- Gilij, Felipe Salvador (1965). [1780-1784]. *Ensayo de historia americana*. Caracas: Academia Nacional de la Historia. (3 vols.)
- González, Juan Vicente (1956). [1865]. “Ernesto Renan”. En *Revista literaria*. Caracas: Tipografía Vargas.
- Gumilla, José (1963). [1741]. *El Orinoco ilustrado y defendido*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- Herrera Irigoyen, Jesús María (1896). “Una visita provechosa”. En *El Cojo Ilustrado*, Caracas, N° 114, pp. 725-726.
- Herrera Irigoyen, Jesús María (1905). “Señor Félix E. Bigotte”. En *El Cojo Ilustrado*, Caracas, N° 336, p. 780.
- Key-Ayala, Santiago (1977). “Las Obras Colosales de Félix E. Bigotte”. En *Obras Selectas*. Caracas/ Madrid: Editorial Mediterráneo-Edime, pp. 838-843.
- Larrazábal, Felipe (1975). [1875]. “De la Biblia considerada bajo un punto de vista literario”. En José María Rojas. *Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos*. Caracas: Concejo Municipal del Distrito Federal, 718-722.
- Lenz, Rodolfo (1905-1910). *Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas*. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.

- Miliani, Domingo (1973). "La narrativa. Ensayo introductorio". En *Enciclopedia de Venezuela*. Caracas: Editorial A. Bello, VIII: 131-203 (Asesor: Pascual Venegas Filardo; Editor: Lucas Morán Arce).
- Nieschulz de Stockhausen, Elke (1988). "Félix E. Bigotte". En *Diccionario de historia de Venezuela*. Caracas: Fundación Polar, I: 376.
- Nieschulz de Stockhausen, Elke (1997). "Félix E. Bigotte". En *Diccionario de historia de Venezuela*. Caracas: Fundación Polar, I: 451.
- Núñez de Aguiar, F. (1975) (1875). "José Luis Ramos". En José María Rojas. *Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos*. Caracas: Concejo Municipal del Distrito Federal, pp. 590-596. (Edición facsimilar).
- Pérez, Francisco Javier (1988). *Historia de la lingüística en Venezuela*. San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira.
- Pérez, Francisco Javier (1999). *Mitridates en Venezuela. Diccionarios, políglotismo y lenguas indígenas en Julio C. Salas*. Caracas: Fundación Julio César Salas/ Universidad Católica Andrés Bello.
- Pérez, Francisco Javier (2002). "Vida e infortunio del desmesurado Félix E. Bigotte". En *Revista Bigotte*, Caracas, N° 61, pp. 4-15.
- Pérez de Vega, F. (1957). *Las lenguas aborígenes. Contribución a la lingüística comparativa e histórica de los idiomas aborígenes americanos y su correlación con las lenguas orientales*. Caracas: Editorial "Daily Journal".
- Rojas, Aristides (1944) [1878]. *Estudios indígenas. Contribución a la historia antigua de Venezuela*. Caracas: Librería "Las Novedades"/ Emilio Ramos. 2da. Edición (Biblioteca Cecilio Acosta).
- Salas, Julio César (sf). "Críticas a una crítica". Manuscrito inédito. En Archivo de Julio César Salas, carpeta 25, ficha 80. Biblioteca Nacional, Sala Tulio Febres Cordero, Mérida.
- Salas, Julio César (1921). "Apostillas al libro *El castellano en Venezuela de Julio Calcaño*". Manuscrito inédito. En Archivo de Julio César Salas, carpeta 25, ficha 77. Biblioteca Nacional, Sala Tulio Febres Cordero, Mérida.
- Salas, Julio César (2000). *Críticas a un crítico. Apostillas al libro El Castellano en Venezuela de Julio Calcaño*. Caracas: Secretaría de Cultura del Estado Zulia/ Fundación Julio César Salas. Estudio Preliminar, transcripción y notas: Francisco Javier Pérez (Colección Obra inédita, 1).
- Schuchardt, Hugo (1885). "Resumen de las Actas de la Academia Venezolana leído en junta pública de 27 de octubre de 1884 por el Secretario Perpetuo de la misma Corporación D. Julio Calcaño". En *Literaturblatt für Germanische und Romanische Philologie*, 10: 424.

- Tavera-Acosta, Bartolomé (1907). *En el sur. (Dialectos indígenas de Venezuela)*. Ciudad Bolívar: Imprenta y encuadernación de Benito Jimeno Castro.
- Villegas, Guillermo Tell (1974) [1895]. "Instrucción popular". En *Primer libro venezolano de literatura, ciencias y bellas artes*. Caracas: Concejo Municipal del Distrito Federal, pp. 58-63.
- Viñaza, Conde de la (1893). *Biblioteca histórica de la filología castellana*. Madrid: Imprenta y Fundición de Manuel Tello (Impresor de la Cámara de S.M.) (2 vols.)
- Vizcaya, Daniel (1944) [1890]. "Discurso de recepción en la Academia Venezolana de la Lengua correspondiente de la Real Española". En *Antología cabudareña*. Barquisimeto: Publicación de la Municipalidad de Barquisimeto, pp. 58-73.